

AYER Y HOY

POR MARCOS FELIU

El hombre llega un día al pie de las montañas y admira con el asombro entremezclado de terror este mundo gigantesco de glaciares y sombrías rocas, un mundo infinito, todopoderoso.

Más tarde llega a poner el pie sobre una cumbre, es la llave que borra el temor. Después ya le pertenecen, ya puede nombrarlas. La sombra azul de la nieve que parece fundirse con el cielo deja de ser una frontera. Aplacando su sed de conocimiento, desentraña el misterio de los «culoirs», del inexplicable dédalo de sus agujas, del encanto de sus noches serenas...

Y desde el valle, el hombre contempla su mundo familiar con ojos amistosos. Sus enormes caras vertiginosas son bautizadas por su coraje, sus amistades, sus aventuras, sus decisiones, su valor, su entusiasmo, su ideal está allí, escrito sobre esas pendientes, nacido con él y para él. Sobre cada punta, obre cada pared, él ve un lugar para gozar de la vida.

Hoy son infinidad los que cargados con idéntico bagage de ilusiones están dominados por un parecido impulso. Hoy son legión los que se adentran en el maravilloso mundo de las cumbres. Pero esto es hoy..., ayer, ayer, no era igual...

Bajo la luz de la historia vemos que los hombres miraron hostilmente las montañas hasta cerca del año 1800. Las Altas Montañas eran un reino hosco y estéril, poblado de mitos y dragones. Un estorbo del paisaje por cuanto dificultaban el acceso de los diferentes pueblos. Tal opinaban los antiguos. Y no es que no existiesen hombres de letras que supieran apreciar su belleza. Ni que los hombres no fueran entonces capaces de adentrarse en sus soledades. Recuérdese el paso de los Alpes por las legiones romanas. Pero para ellos este terreno, abrupto y helado constituyó una pesadilla. Tito Livio dejó escrito: «Infames frigoribus Alpes» (Los Alpes infames por el frío).

A lo largo de la historia numerosos escritores y poetas nos han dejado constancia de las impresiones que les causaron las montañas. Petrarca, San Agustín, Dante y Leonardo de Vinci. Y en algunos casos a lo largo de los siglos existen testimonios de personas que escalaron montañas notables por uno u otro motivo. Pero en realidad el sentimiento de la montaña empezó a nacer con el advenimiento del romanticismo. Fue el poeta Juan Jacobo Rousseau de los primeros en advertir el atractivo de las montañas, en captar las más escondidas bellezas de la montaña áspera y salvaje. Quiero advertir que la montaña baja, bucólica y pastoril no entra para nada en el sentimiento alpino.

Es en el 1.700 cuando empiezan a intensificarse las empresas montaÑeras, pero siempre aisladas y sin ninguna conexión. La mayor parte de ellas bajo el escudo de pretextos científicos. En muchos casos, podemos observar, por los escritos publicados por sus protagonistas, que estos llegaron a compren-

der la montaña y habiendo sido cautivados por ella, volvían por tal motivo. Pero continuaban disfrazando las expediciones bajo un fin científico o cartográfico. De esta manera se continuó durante muchos años y sólo con la conquista del Mont Blanc, en el año 1786 podemos iniciar la época del verdadero montañismo.

En el año 1741, los oficiales ingleses William Windham y Richard Pooke, alojándose en Ginebra, oyeron hablar de Chamonix y decidieron partir en su busca. Ignoraban que tal decisión iba a ser el primer paso de un fabuloso descubrimiento; el montañismo. La expedición bien armada, con extraño y voluminoso equipaje, después de tres días de viaje, llegó a la aldea. Fueron acogidos pacíficamente, pero con sorpresa. ¿Quiéren subir a ver los ventisqueros? ¡Pero si se ven desde abajo! Guiados por cazadores de gamuzas que conocen un peligroso camino que lleva hasta Montanvers, y tras grandes preparativos y preocupaciones alcanzan el Mar de Hielo. Ven por primera vez el fantástico espectáculo de hielo y agujas, aunque no reparan en el Mont Blanc, debido a un corriente efecto de perspectiva que oculta su altura dominante.

Las descripciones de este viaje arrastran a otros visitantes. Y poco a poco fue naciendo el imperioso deseo de conquistar aquellas cumbres desconocidas. Balmat, Pacard y Sausure hicieron numerosas tentativas para alcanzar la cima del gran Alpe. Fue Balmat el más tenaz de todos ellos, en una ocasión pasó cuatro días sólo en la montaña tratando de hallar el camino que le condujera a la cumbre. A las pocas semanas en compañía del Dr. Pacard gana la cumbre a las 6'30 de la tarde del día 8 de agosto del año 1786. Al año siguiente Balmat acompaña a Sausure llevando diecisiete guías. Sausure, hombre de ciencia, ocupado de las montañas por razones científicas, enseguida se dejó atraer por la fascinación de las alturas.

Tras la conquista del Mont Blanc, son conquistadas las mayores alturas. A mediados del 1800 comienza la llamada edad del oro del alpinismo. Los ingleses en especial acompañados de excelentes guías locales ganan las cumbres consideradas como inaccesibles. Del año 1850 al 1880 se hollaron por primera vez las cimas del Eiger, Grivola, Weishorn, Monte Viso, Aiguille Verte, Cervino, Grandes Jorases y La Meije, por sólo citar las más resonantes. Es también la época en que nacen los Clubs Alpinos.

Después del 1880 han sido conquistadas casi todas las cumbres alpinas y la multitud de montañeros busca ya nuevos horizontes. Empieza la época del alpinismo moderno. El punto de arranque de éste se quiere hacer remontar a las empersas de los primeros escaladores sin guía. Recordemos entre estos a Nummery, Zsigmondi y Winkler quienes a partir del año 1880 orientan el alpinismo hacia la búsqueda de la dificultad por la misma dificultad. Esta tendencia da lugar a las increíbles y admirables ascensiones de Preus, Dulfer, Piaz, Welzenbach, Greloz, Gervasutti, Devies, Cassin y Comici. Son el prólogo de la escalada moderna. Esas vías trazadas por paredes angustiosamente largas y verticales.

Observemos que los motivos principales que empujan al hombre a la montaña, aparte de la belleza de la misma, son el deseo de evadirse, de buscar la libertad de las cumbres y el afán de explorar, de hallar por sí mismo nuevos caminos, luchando con el temor a lo desconocido.

Así pues, llegó el momento en que la altura no basta para provocar profundos sentimientos de emoción e independencia, sino que debe contribuir a ello otro factor: la dificultad de la ascensión. La tendencia alpina de buscar las alturas máximas se transformó pronto en la tendencia a buscar la dificultad. Esta es la característica montañera de los tiempos modernos. Después de alcanzar las más impresionantes cimas por los caminos más fáciles se ha vuelto a las alturas más modestas, pero más difíciles. Para recurrir luego a las paredes de las mismas montañas, buscándose itinerarios cada vez más difíciles, a medida que se agotan los fáciles. Evidentemente el placer de la dificultad es una de las características psicopáticas de la vida moderna.

Esta evolución del montañismo ha ido creando una técnica y un material idóneo. Las nuevas técnicas, las innovaciones han dado lugar siempre a polémicas. Cuando se empezó a generalizar el uso de la clavija, fueron muchos los que se rasgaron las vestiduras ante tal «profanación» de la Montaña. Más tarde fueron las clavijas de expansión. Pero lo cierto es que el montañero siempre ha usado un material, simplemente este ha ido evolucionando y modernizándose. De las escaleras, picas, hachas, etc. de los pioneros, se ha llegado al perlón y aleaciones ligeras del escalador de hoy.

Hoy en día el montañero tiene en su mano una técnica y un material que se puede atacar la montaña por el lugar más extemporáneo. No hay pared inaccesible. No hay más limitación que la capacidad humana de resistencia. Pero no debe creerse que el moderno montañero (léase escalador, si se prefiere) es un esclavo de la técnica. Y si tal cosa ocurriese en algún caso, es enteramente reprobable. Pues la técnica debe servir a un entusiasmo, al amor a la Montaña, lo contrario sería reducir el mundo de las alturas a la categoría de un simple gimnasio.

Merced a esta técnica y material han sido posibles las conquistas Hymalaayas. Los gigantes de más de 8.000, a los cuales hombres intrépidos buscaban el secreto de sus rutas más accesibles desde primeros de siglo. Se adentraban por los glaciares, exploraban sus heladas laderas, trepaban penosamente por sus pendientes y alcanzaban algún collado, y escribían páginas de heroísmo y tragedia... Pero lo cierto es que hasta después del año 1950 no empezaron a ser conquistadas. Luego las victorias se sucedieron en serie..., la técnica y el material estaban a punto.

Al par estos mismos hombres, o compañeros suyos, llevan a cabo empresas asombrosas en los Alpes. En las Dolomitas el montañero se burla de la vertical, y de aquí, esta audacia, se traslada a las más inhóspitas paredes del Petit Dru, Mont Blanc, Eigger, Cervino, etc. Luego se dominan las mismas paredes en invierno. El alpinismo ha llegado a su límite, está ya saturado.

Pero por eso la inquietud no se ha detenido, salta al Atlántico y nace el Andinismo, la búsqueda de la dificultad ha encontrado un nuevo terreno de juego. Cada día son más numerosas las expediciones europeas a los Andes.

¿Llegará a suceder lo mismo en el Himalaya? Yo creo que sí. En el fondo del montañismo late un afán de superación sin límite. Toda su enorme fuerza moral se condensa en una sola frase: «Donde hay una voluntad, hay un camino».